

843
D.

P2227
M5
S6
13

CAPILLA ALFONSINA
ALEX. FLAMEN
VERITATIS

Núm. Clas _____
Núm. Autor _____
Núm. Adq _____
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó _____

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
gab

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edad. 1405 MONTERREY, N. L.

MEMORIAS DE UN MÉDICO

Las carrozas del rey

Un fuerte murmullo que se oyó á lo lejos, pero que iba tomando cuerpo á medida que se acercaba, llamó la atención de Gilberto, quien sintió apoderarse de todo su cuerpo un agudo calofrío.

Gritaban ; Viva el rey ! como entonces se acostumbraba.

Lanzóse á la calzada una nube de caballos, relinchando, dorados, cubiertos de púrpura ; eran los mosqueteros, los gendarmes y los suizos de á caballo.

Luego apareció una carroza maciza y magnífica.

Gilberto percibió una banda azul, una cabeza cubierta y majestuosa ; y vió el brillo frío y penetrante de la mirada del rey, ante la que todas las cabezas se inclinaban y descubrían.

Fascinado, inmóvil, embriagado, jadeante, olvidó quitarse el sombrero.

Sacóle de su éxtasis un golpe violento, que hizo rodar por tierra su sombrero.

Dió un salto, recogió el sombrero, levantó la cabeza, y reconoció al sobrino del que lo invitara á almorzar, que le miraba con esa sonrisa picaresca peculiar á los militares.

— ¡Y bien! le dijo, ¿no se saca el sombrero al pasar el rey?

Gilberto palideció, miró su sombrero cubierto de polvo, y respondió:

— Es la primera vez que veo al rey, y verdad es que he olvidado el saludarle; pero no sabía....

— ¡No sabía usted! repitió el veterano frunciendo el ceño.

Gilberto temió que le echasen de aquel sitio, desde donde tan bien podía ver á Andrea, y el amor que hervía en su corazón sofocó su orgullo.

— Dispense usted, dijo, pues soy de provincia.

— ¿Y viene usted, amiguito, á educarse en París?

— Sí, señor, respondió Gilberto devorando su rabia.

— Pues bien; ya que está usted educándose, dijo el sargento deteniendo la mano de Gilberto que se disponía á ponerse el sombrero, aprenda usted aun esto: Se saluda á la señora Delfina como al rey, y á los señores príncipes como á la señora Delfina; en fin, se saluda á todos los coches en que hay flores de lis. ¿Conoce usted, amiguito, las flores de lis, ó hay que dárselas á conocer?

— Es inútil, señor, porque las conozco.

— Es una gran fortuna, dijo entre dientes el sargento.

Pasaron los coches reales. La hilera se prolongaba, y Gilberto miraba con ojos tan ávidos, que parecían atontados. Los coches, según iban llegando frente á la puerta de la abadía, se paraban, y se apeaban los señores de la comitiva, operación que de cinco en

cinco minutos ocasionaba un movimiento de alto en toda la línea.

En uno de aquellos altos sintió Gilberto como un hierro candente que le hubiese atravesado el corazón; tuvo un vértigo durante el cual desaparecieron de su vista todos los objetos, y apoderóse de él un temblor tan violento, que tuvo que afianzarse en su rama para no caer.

Todo esto provino de que enfrente de él, á diez pasos á lo sumo, acababa de percibir, en uno de los coches con flores de lis que el sargento le había recomendado saludase, la esplendente, la luminosa cara de Andrea vestida toda de blanco, como un ángel ó una fantasma.

Lanzó un débil grito, luego, venciendo todas las emociones que se habían apoderado de él á la vez, mandó á su corazón que dejase de latir, y á su mirada de fijarse en el sol.

Y tan grande era el dominio del joven sobre sí mismo, que lo logró.

Por su parte, Andrea, queriendo ver el motivo de la parada de los coches, se asomó á la portezuela, y extendiendo en torno suyo su hermosa vista de azul, distinguió y reconoció á Gilberto.

Gilberto suponía que al percibirle Andrea, se admiraría, se volvería y hablaría á su padre, que estaba á su lado.

No se engañaba: Andrea se admiró, se volvió y llamó sobre Gilberto la atención del barón de Taverney, el cual, adornado con su gran banda encarnada, estaba majestuosamente repantigado en la carroza del rey.

— ¡Gilberto! exclamó el barón como despertando sobresaltado, ¡Gilberto aquí! ¿Y entonces quién cuida de Mahón en el castillo?

Gilberto oyó perfectamente estas palabras, y al

momento se puso á saludar con un respeto estudiado á Andrea y á su padre.

Necesarias le fueron todas sus fuerzas para hacer aquella salutación.

— ¡Y no cabe duda! exclamó el barón percibiendo á nuestro filósofo. ¡Es ese mismo tunante en persona?

Estaba tan lejos de pensar que Gilberto se hallase en París, que al principio no había querido creer á los ojos de su hija, y aun entonces le costaba trabajo el creer á los suyos propios.

En cuanto al rostro de Andrea, que Gilberto observaba entonces con una atención sostenida, sólo expresaba una calma completa después de una ligera nube de asombro.

El barón, inclinado fuera de la portezuela, llamó á Gilberto con un ademán.

Gilberto trató de aproximarse, pero le detuvo el sargento.

— Ya ve usted que me están llamando, le dijo á éste.

— ¿De dónde?

— De aquel coche.

Las miradas del sargento siguieron la dirección indicada por el dedo de Gilberto, y se fijaron en la carroza del señor de Taverney.

— Permita usted, sargento, dijo el barón, pues tengo que hablar con ese muchacho dos palabras solamente.

— Aunque sean cuatro, caballero, respondió el sargento: además de que tenéis tiempo suficiente, pues están leyendo una arenga bajo el pórtico, y aun no despacharán en una larga media hora. Pase usted, joven.

— Ven acá, pícaro, dijo el barón á Gilberto, que afectaba andar á su paso ordinario, ¿dime por qué

casualidad te hallas en San Dionisio debiendo estar en Taverney?

Gilberto saludó por segunda vez á Andrea y al barón, y respondió:

— No fué la casualidad, señor, la que aquí me ha traído, sino el acto de mi voluntad.

— ¿Cómo es eso de tu voluntad, seo pilló? ¿Acaso tienes tú voluntad?

— ¿Y por qué no? Todo hombre libre tiene el derecho de tenerla.

— ¡Todo hombre libre! ¡Lindos estamos! ¿Conque te crees libre, cuitado?

— Sin duda que sí, puesto que no he encadenado mi libertad á nadie.

— ¡Á fe mía que es un pilló divertido! exclamó el señor de Taverney, admirado del aplomo con que hablaba Gilberto. ¡Cómo! ¿tú en París? ¿Y cómo has venido? ¿con qué recursos? dime, si gustas.....

— Á pie, respondió lacónicamente Gilberto.

— ¡Á pie! repitió Andrea con cierta expresión de lástima.

— ¿Y qué vienes á hacer á París? preguntó el barón.

— Primero mi educación, y después mi fortuna

— ¡Tu educación!

— Estoy seguro de ello.

— ¡Tu fortuna!

— Así lo espero.

— Y entretanto, ¿qué es lo que haces? ¿pedir limosna?

— ¡Pedir limosna! repitió Gilberto con soberbio desprecio.

— Entonces, robas.

— Señor, dijo Gilberto con un acento de firmeza orgullosa y salvaje, que fijó por un instante sobre el

extraño joven la atención de la señorita de Taverney, ¿acaso os he robado jamás alguna cosa?

— Pero entonces, ¿qué es lo que haces con tus manos de haragán?

— Lo que hace un hombre de genio á quien quiero parecerme, aunque no sea más que en mi perseverancia, respondió Gilberto. Copio música.

Andrea volvió hacia él la cabeza.

— ¿Copias música? le preguntó.

— Sí, señorita.

— ¿Luego la sabías? añadió desdeñosamente y con el mismo tono con que hubiera dicho: Mientes.

— Conozco las notas, y me basta para ser copiante, respondió Gilberto.

— ¿Y en dónde diablos has aprendido tus notas, tunante?

— Sí, añadió Andrea sonriendo.

— Señor barón, soy muy apasionado de la música, y como todos los días pasaba la señorita una hora ó dos al clave, me ocultaba para escuchar.

— ¡Haragán!

— Primero he retenido los aires, luego, como aquellos aires estaban escritos en un método, he aprendido poco á poco, y á fuerza de trabajo, á leer en aquel método.

— ¡En mi método! exclamó Andrea en el colmo de la indignación. ¡Conque te atrevías á tocar á mi método!

— No, señorita, jamás me hubiera tomado esa libertad, respondió Gilberto; pero quedaba abierto sobre vuestro clave, ya en un sitio, ya en otro. No lo tocaba; trataba de leerlo, y nada más; mis ojos no podían manchar las páginas.

— Vas á ver, dijo el barón, que este tunantuelo nos

sopla de buenas á primeras que sabe tocar el piano como Haydn.

— Es muy probable que lo hubiera sabido, dijo Gilberto, si me hubiese atrevido á poner mis dedos en las teclas.

Y Andrea echó, á pesar suyo, una segunda mirada sobre aquella cara animada por un sentimiento del que nada puede dar una idea, á no ser el fanatismo ávido del martirio.

Pero el barón, que no tenía en su espíritu la calma y la inteligente lucidez de su hija, había sentido encenderse su cólera, pensando que aquel joven tenía razón, y que habían cometido con él una inhumanidad, dejándole en Taverney en compañía de Mahón.

Y como difícilmente se perdona á un inferior el agravio de que él puede convencernos, el barón se iba acalorando á medida que su hija se mitigaba.

— ¡Ah, tunantazo! exclamó, ¡te escapas, andas vagabundeando, y cuando te piden cuenta de tu conducta, recurre á esa faramalla que acabas de escopearnos! Pues bien; como no quiero que por causa mía se halle el camino del rey embarazado por pillos y gitanos....

Andrea hizo un movimiento para calmar á su padre, pues conocía que la exageración excluye la superioridad.

Pero el barón separó la mano protectora de su hija, y continuó:

— Yo te recomendaré al señor de Sartines, é irás á visitar á Bicetre, pícaro de filósofo.

Gilberto dió un paso atrás, metió su sombrero bajo el brazo, y pálido de cólera:

— Señor barón, dijo, sabed que desde que estoy en París he hallado protectores á quienes vuestro señor de Sartines hace antesalas.

— ¡Hola! ¡conque esas tenemos! exclamó el barón. Pues bien, si te escapas de Bicetre, no te escaparás de una zurrubanda. Andrea, Andrea, llama á tu hermano que está ahí cerca.

Andrea se inclinó hacia Gilberto, y le dijo imperiosamente:

— Vamos, señor Gilberto, retirese usted.

— ¡Felipe, Felipe! grito el viejo.

— Retírese usted, repitió Andrea al joven, que permanecía en su puesto mudo é inmóvil, como en una contemplación extática.

Acedió á la portezuela de la carroza un caballero atraído por las voces del barón; era Felipe de Taverney con un uniforme de capitán, que estaba gozoso y espléndido.

— ¡Calla! ¡es Gilberto! dijo sencillamente al reconocerle. ¡Gilberto aquí! Buenos días, Gilberto... ¿Qué me queráis, padre mío?

— Buenos días, señor Felipe, respondió el joven.

— Lo que quiero, exclamó el barón pálido de furor, es que cojas la vaina de tu espada, y que sacudas el polvo á ese tunante.

— Pero, ¿qué es lo que ha hecho? preguntó Felipe mirando alternativamente y con una admiración creciente el furor del barón y la terrible impasibilidad de Gilberto.

— ¡Ha hecho! ¡ha hecho! exclamó el barón. Sacúdele, Felipe, sacúdele como á un perro.

Taverney se volvió hacia su hermana.

— ¿Qué es lo que ha hecho, Andrea? dímelo. ¿Acaso te ha insultado?

— ¡Yo! exclamó Gilberto.

— No, nada, Felipe, respondió Andrea; no, no ha hecho nada; mi padre se extravía. Gilberto no está ya á nuestro servicio, y por consiguiente tiene perfecta-

mente el derecho de estar en donde le agrade. Mi padre no quiere comprenderlo así, y al verle aquí, se ha encolerizado.

— ¿Y no es más que eso? preguntó Felipe.

— Nada más, hermano mío, y no comprendo nada del enojo del señor de Taverney, especialmente con semejante motivo y con cosas y personas que no merecen siquiera una mirada. Mira, Felipe, si avanzamos.

El barón, domado por la serenidad enteramente regia de su hija, guardó silencio.

Gilberto bajó la cabeza, abrumado por ese desprecio. Un relámpago pasó á través de su corazón, que parecía al del odio; pues hubiera preferido una estocada mortal de la espada de Felipe, y aun un sangriento latigazo de su mano.

Estuvo á punto de desmayarse, pero, por fortuna suya, se había acabado la arenga en aquel momento, y las carrozas volvieron á continuar su marcha.

La del barón se alejó poco á poco: siguiéronla otras, y Andrea iba desapareciendo como en un sueño.

Gilberto se quedó solo, dispuesto á llorar, á sonrojarse, incapaz, á lo menos en su opinión, de sostener el peso de su desgracia.

En aquel momento, sintió una mano ponerse en su hombro: volvióse, y vió á Felipe que, habiéndose apeado y dando las riendas de su caballo á un soldado de su regimiento, venía á dónde él estaba muy risueño.

— Vamos, ¿qué es lo que ha pasado, mi pobre Gilberto, y cómo es que te hallas en Paris?

Este tono franco y cordial interesó á Gilberto.

— Pero, señor, respondió con un suspiro arrancado á su estoicismo indómito, ¿qué había de hacer en Taverney? Si me hubiera quedado allí, me habría muerto de desesperación, de ignorancia y de hambre.

Felipe se estremeció, porque su espíritu imparcial

había sentido, como Andrea, el doloroso abandono en que habían dejado á aquel joven.

— Y tú, pobre criatura, ¿crees hacer carrera en París sin dinero, sin protección ni recursos?

— Así lo creo, señor, pues el hombre que quiere trabajar, rara vez se muere de hambre en donde hay otros hombres que desean no hacer nada.

Felipe se conmovió con esta respuesta, pues jamás había visto en Gilberto más que á un familiar sin importancia.

— Pero, á lo menos, ¿tienes que comer? le dijo.

— Gano mi pan, señor Felipe, y no necesita más aquel á quien jamás se le ha reprochado sino el comer el pan que no ganaba.

— Supongo que no dices eso por el que te daban en Taverney, hijo mío. Tus padres eran unos buenos criados del castillo, y tú mismo te hacías útil con facilidad.

— Señor, yo no hacía más que mi deber.

— Escucha, Gilberto, continuó Felipe. Bien sabes que siempre te he querido, que siempre te he mirado de diferente modo que á los otros. Si lo hacía con razón ó sin ella, eso el tiempo me lo dirá. Tu genio huraño me ha parecido delicadeza; tu dureza la llamo yo orgullo.

— ¡Ah, señor caballero! exclamó Gilberto respirando.

— Así, pues, te tengo buena voluntad, Gilberto.

— ¡Gracias, señor!

— Yo era joven como tú, desgraciado como tú en mi posición, y acaso sea ese el motivo de haberte comprendido. La fortuna me ha sonreído un día; y bien, déjame ayudarte, Gilberto, mientras que te sonríe á tí á tu vez.

— ¡Gracias, gracias, señor

— ¿Qué quieres hacer? veamos; tú eres demasiado cerril para ponerte á servir.

Gilberto sacudió la cabeza con una mirada desdeñosa.

— Quiero estudiar, dijo.

— Pero para estudiar se necesitan maestros, y para pagar á los maestros se necesita dinero.

— Lo gano, señor.

— Lo ganas, dijo Felipe sonriendo. ¿Y cuánto ganas? veamos.

— Cinco reales diarios, y aun puedo ganar seis, y hasta ocho.

— Pero eso es precisamente lo que se necesita para comer.

Gilberto se rindió.

— Vamos, acaso no acierto á ofrecerte mis servicios.

— ¡Vuestros servicios á mí, señor Felipe!

— Sin duda. ¿Te avergüenzas de aceptarlos?

Gilberto no respondió.

— Los hombres están en la tierra para ayudarse mutuamente, continuó Casa-Roja, ¿no son todos hermanos?

Gilberto levantó la cabeza y fijó sus ojos tan inteligentes en la noble cara de Felipe.

— ¿Extrañas este lenguaje? dijo éste.

— No, señor, respondió Gilberto, pues es el lenguaje de la filosofía; sólo que no estoy acostumbrado á oírlo entre las personas de vuestra condición.

— Tienes razón, y sin embargo este lenguaje es el de nuestra generación. El mismo Delfín participa de estos principios. Vamos, no te hagas el orgulloso conmigo, continuó Felipe, y lo que yo te haya prestado, tú me lo devolverás más tarde. ¿Quién sabe si no llegarás á ser un Colbert ó un Vaubán?

— Ó un Franklín, dijo Gilberto

— Sea. Aquí tienes mi bolsillo; partamos.

— ¡ Gracias, señor ! dijo el indomable joven, conmovido, sin querer confesarlo, por esta admirable expansión de Felipe. ¡ Gracias ! no tengo necesidad de nada ; sólo que... sólo que os quedo mucho más agradecido que si hubiera aceptado vuestra oferta ; no no lo dudéis.

Y con esto, saludando á Felipe estupefacto, corrió á meterse entre el gentío, en el cual se perdió.

El joven capitán aguardó muchos segundos, como si no pudiese creer á sus ojos ni á sus oídos ; pero viendo que no volvía á parecer Gilberto, montó en su caballo y se volvió á su puesto.

II

La poseída

Todo el ruido de los carruajes y de las campanas echadas á vuelo, todos aquellos redobles de tambores, toda aquella majestad, reflejo de las majestades del mundo perdidas para ella, llegaron al alma de madama Luisa, y fueron á expirar, como las inútiles olas, al pie de las paredes de su celda.

Cuando hubo partido el rey, después de haber tratado inútilmente de volver á su hija al mundo, hablándole como padre y como soberano, es decir, con una sonrisa á la que sucedieron ruegos parecidos á órdenes, cuando la Delfina que, con la primera mirada observó aquella verdadera grandeza de alma de su augusta tía, hubo desaparecido con su torbellino de cortesanos, la abadesa de las Carmelitas mandó retirar las colgaduras, sacar las flores y separar los encajes.

De toda la comunidad conmovida aun, sólo ella no pestañeó cuando las pesadas puertas del convento, abiertas un instante al mundo, giraron lentamente y se volvieron á cerrar con estrépito entre el mundo y la soledad.

Luego mandó llamar á la tesorera.

— ¡ En estos dos días de desorden, pregunto, han recibido los pobres sus limosnas de costumbre ?

— Sí, señora.